Historias para leer despacio

Antología de narraciones literarias

Vamos Buenos Aires

VOCES DE AYER Y DE HOY

Historias para leer despacio

Antología de narraciones literarias

Vamos Buenos Aires

VOCES DE AYER Y DE HOY

Jefe de Gobierno
Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación
María Soledad Acuña

Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo
María Constanza Ortiz

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa
Santiago Andrés

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa
Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

Subsecretario de Carrera Docente y Formación Técnica Profesional
Javier Tarulla

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Sebastián Tomaghelli

Historias para leer despacio
Antología de narraciones literarias
Nelson Mallach, Ángela Pradelli, Carolina Bruck, Mariana Muscarsel Isla, Pía Bouzas, Marcial Gala, Silvina Gruppo.

Idea original, revisión y diseño de la Colección *Voces de ayer y de hoy*: Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

Selección literaria y prólogo: Paula Tomassoni
Coordinación: Jimena Dib
Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo
Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo
Ilustraciones: Susana Accorsi

Equipo editorial externo
Coordinación: Alexis B. Tellechea
Edición: Natalia Ribas
Diagramación: Estudio Cerúleo

ISBN: en trámite.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

Prólogo 7

La niña de albahaca, por Nelson Mallach 13
Alarmas, por Ángela Pradelli 19
Casi transparente, por Carolina Bruck 29
***Casino Casa Grande* (fragmentos),** por Mariana Muscarsel Isla 39
Me crie en un casino 40
El Chocón no existe, son los papás 44
Máquina de tiempo 48
El mundo era un lugar maravilloso, por Pía Bouzas 51
Lo secular, por Marcial Gala 61
Puente, por Silvina Gruppo 71
Peces, por Silvina Gruppo 75
Pacto, por Silvina Gruppo 79
La dentista, por Silvina Gruppo 83
La frontera, por Silvina Gruppo 87

Biografías 91

Prólogo

Estos relatos son a prueba de *spoilers*, y ahora vamos a explicar por qué.

Cuando el mundo nos pide correr de un lado al otro, cada vez más rápido, la literatura parecería agarrarnos de las narices y preguntarnos a dónde vamos, y por qué queremos pasar tan pronto. Aunque el texto tenga pocas páginas, siempre es bueno quedarse en él un poco más. Una narración literaria no es solo una historia: es una historia narrada. Y aunque parezca que no hay diferencia entre una cosa y la otra, en esa distancia está, precisamente, la literatura.

Alguna vez les habrá pasado que les contaron el argumento de una película desde el principio hasta el final y les dieron ganas de ir a verla. ¿Por qué querrían hacerlo, si ya saben de qué se trata? Porque la magia de la película no es solo la historia que cuenta, y aunque sepamos qué pasa, queremos ver y disfrutarla. Lo mismo sucede cuando vemos una misma película dos, tres, veinte veces. Solemos decir cosas como: "Me encanta la parte en la que él lo mira y le dice...". Hay algo, entonces, de lo que nos gusta que no tiene necesariamente que ver con la historia, sino con cómo ese relato se va construyendo ante nuestros sentidos. Con la literatura pasa lo mismo, aunque a veces lo olvidemos un poco. Lo olvidamos, por

ejemplo, cuando pensamos que leer un resumen de un relato es lo mismo que leer el relato. Cuando creemos eso, estamos entendiendo que la historia es igual a la narración de la historia, y ya hemos dicho que no, no lo es. En absoluto.

Un relato literario se disfruta palmo a palmo, línea a línea, en el dibujo de sus personajes, en la creación de imágenes, de escenas. Puede ser que, tiempo después de leer un cuento o una novela, recordemos un momento de la narración, un lugar, un personaje, una conversación, aunque no nos acordemos del argumento completo.

Este libro quiere invitarlas e invitarlos a leer literatura. Es decir, les va a pedir tiempo, paciencia, andar pausado, y les va a dar a cambio escenas, personajes e historias que quizás les encanten, o los enojen, o enamoren, o tal vez aburran, pero que no les serán indiferentes.

Cada una de las siete narraciones que forman parte de la antología propone un mundo distinto, que podrán habitar durante el rato de la lectura y llevarlo en su imaginación tanto tiempo como deseen.

De todas las imágenes hermosas que componen "La niña de albahaca", de Nelson Mallach, podemos detenernos en una pequeña y muy conmovedora, que es cuando el viejo curandero se enternece al mirar la tierra debajo de las uñas de la pequeña. Podríamos decir muchas cosas acerca de esas uñas sucias. Pero la imagen es tan fugaz que pasaría desapercibida si leyéramos rápido buscando solo el final de la historia.

"Alarmas", de Ángela Pradelli, es un relato sonoro que nos invita a preguntarnos cosas en las que quizás antes no habíamos reparado: ¿cómo será ser lombriz y ser sorprendida en la oscuridad de nuestro hogar por el pico de un pájaro? ¿Qué hacen las mariposas en la soledad del jardín hasta que llegamos y salen volando? Y una pregunta para los lectores y lectoras: ¿pudieron oír, al leer el cuento, las alarmas?

En "Casi transparente", de Carolina Bruck, compartimos con la narradora y Kari, su amiga, una salida, de noche, a escondidas, para hablar de sus cosas y contarse sus secretos, incluso aquel que la narradora no puede explicar: ¿por qué lloran su madre y su tío a la madrugada? ¿Cuántos secretos guardamos y cuánto de lo que vemos alrededor nos resulta tan misterioso?

Casino Casa Grande no es un cuento, sino una novela de Mariana Muscarsel Isla, de la que tomamos los fragmentos que componen "Me crie en un casino", "El Chocón no existe, son los papás" y "Máquina de tiempo". Una novela es una narración más extensa que un cuento, que casi siempre requiere ser leída en varias etapas. En los tres capítulos seleccionados (que no son consecutivos en el texto original), podemos conocer a las hermanas Flora y Bruna en algunos momentos importantes de sus vidas. ¿Vivir cerca de una represa es como ser una lombriz y saber que en cualquier momento el pico de un pájaro te puede matar? Tal vez. ¿El miedo a que se rompa la represa es igual al miedo a que en la nueva escuela nadie te preste atención o que te elijan última para jugar al quemado? Quizás. Muchas cosas de las que cuenta Bruna, la narradora, en la novela, nos hablan directamente al oído.

"El mundo era un lugar maravilloso" es un cuento de Pía Bouzas, con imágenes tan potentes que parecen fotografías. De la quietud del paisaje solitario, los personajes se desprenden con movimientos mínimos y construyen la historia maravillosa que el relato nos acerca. Entre los muchos momentos que en él aparecen, podemos elegir la escena en la que el niño, afuera de la casilla, mira el final de la ruta esperando que alguien aparezca. ¿Qué espera él? ¿Qué esperamos nosotros cuando esperamos?

Marcial Gala, en "Lo secular", propone casi un viaje a través del tiempo y de la historia y la literatura. ¿Alguna vez pensaron en un cazador de vampiros con habilidades tecnológicas? Este cuento nos presenta a un personaje exótico y extraordinario, que debe atrapar a los conocidos y monstruosos vampiros, usando métodos poco ortodoxos. Es una narración que nos invita a investigar las referencias literarias e históricas que en ella aparecen, como un modo de ampliar las posibilidades de sentido de la lectura.

Así como hay narraciones más largas (como las novelas), hay también otras que son muy cortas, como los relatos breves de Silvina Gruppo. En pocos renglones, se presentan historias que disparan nuestra imaginación hacia mundos en donde muchas cosas parecen posibles: que llueven ballenas o que las niñas y los niños sean peces naranjas. Son relatos que nos acercan a cosas pequeñas y cotidianas, que se parecen a las nuestras, pero que esconden historias en las que podemos seguir pensando mucho, aun después de terminar la lectura.

Las narraciones que integran este volumen esperan ser para sus lectores y lectoras un desafío, una invitación a entrar en ellas para buscar mucho más que historias atractivas. Por eso, empezamos este prólogo diciendo que estos textos son a prueba de *spoilers*: tal vez no importe conocer el final de los relatos, porque aquello capaz de atraparnos, de conmovernos, puede estar en una imagen pequeña escondida en una oración que parece no tener importancia. De eso se trata la literatura, creemos.

La niña de albahaca

NELSON MALLACH

A las tres de la tarde, los caminos están desiertos en la Colonia. Es la hora de la siesta y los surcos de las quintas de verdura sufren el suplicio de los rayos verticales. Solo una niña camina por el borde del asfalto que recorre el colectivo; el mismo que ahora está detenido bajo un sauce llorón a la espera de la fresca. Ella avanza silenciosa. El calor es tan intenso que el chofer se ha recostado sobre el piso de chapa del vehículo y no la oye pasar.

Cuando el hombre despierta y da unos pasos para despabilarse, distingue a la distancia un punto negro. En realidad, lo que ve es la mochila de la niña a metros de la tranquera de don Pascual. La lleva muy cargada y es tan grande como su cuerpo.

Un velo de albahaca la persigue. Camina erguida entre las carpas de los que llegaron desde lejos y acampan a la espera de que los atienda don Pascual. La niña sabe que en cualquier momento se encontrará ante la barba gris, el pelo renegrido y los ojos aindiados del curandero.

Ya pasaron tres años desde que don Pascual se acercó por primera vez a la niña. Su barba era tan larga que con su punta le hizo cosquillas en la nariz al imponerle las manos sobre la cabeza. En aquel entonces, le dijo a su padre que ella tenía el cerebro adormecido y que despertárselo llevaría tiempo. No se debía a que la niña fuera débil mental, sino a que la albahaca provocaba un efecto extraño en quien la trabajaba o vivía cerca de sus plantaciones. Pascual se inclinó para observarle los ojos.

—¡Qué aroma tiene! —dijo.

Luego, le entregó a su padre una esencia para que ella se la pusiera antes de entrar en los invernáculos. La niña la usó durante tres años sin derrochar el contenido del frasquito color ámbar. Repitió quinto grado, sí, pero le había oído decir a don Pascual que su caso sería lento.

Al fin lo encuentra en el montecito de las acacias, bebiendo agua del pico de una canilla. Ella se detiene a unos metros y espera. Don Pascual se moja la cabeza. Luego estira los brazos y, al elevar el mentón, la huele. De inmediato, gira sobre sus talones para dar con ella. Ve su pelo tirante a uno y otro lado de la raya al medio. Ve su sonrisa plena de dientes. Ella inspira profundo y al exhalar habla:

—Usted me dijo que tenía que esperar. Yo esperé paciente, don Pascual.

—¡La niña del cerebro adormecido!

—Eso era antes, mucho antes —le contesta. Luego busca en el bolsillo de su pantalón y saca el frasquito vacío—. No crea que vine por más perfume.

Se quita la mochila, la apoya en el suelo y se arrodilla. Enseguida descorre el cierre y saca un libro de la colección Billiken, sin lomo, con la tela de encuadernación deshilachada y la tapa amarilla muy gastada.

—*Jane Eyre*, don Pascual. Pobre Jane Eyre. ¿Cómo pudo volver a ese castillo destruido donde la habían asustado

tanto? Yo hubiera salido corriendo al primer chistido de la loca. Igual, el hombre qué culpa tenía. Todos tenemos derecho a ser felices.

Saca un libro más, y al rato otro. Don Pascual la observa sereno, disfruta de los relatos que ella encadena sin pausa. Se enternece al ver en sus manitos la tierra atrapada bajo las uñas.

El mismo aroma que se expande en el invernadero al agitarse las hojas de la albahaca se esparce en torno a la niña cuando mueve los brazos al contar. De a poco, el olor alcanza las carpas, penetra en los colectivos donde duermen los ancianos. Cada vez son más los que se acercan al lugar y se quedan a escucharla.

—*El retrato de Dorian Gray*. No entendí si el del cuadro sufría por envejecer o Dorian, por no cambiar nunca. ¿Usted me ve más grande, don Pascual? Mi mamá dice que no crezco. Pero yo no quiero ser como Dorian. Usted tampoco cambió mucho. Tiene la misma barba, los mismos ojos, la misma nariz. ¿No tendrá un cuadro con su cara adentro de la carpa?

Se pone el sol. Sin interrumpirla, don Pascual manda a encender un fuego cerca de la niña. Con el viento ha mermado el calor y ella no detiene el fluir de sus relatos.

—*La venganza del doble*. Yo la quiero mucho a mi hermana, a mí ella no me haría eso. Aunque todavía no tengo novio. Soy chica. Mi hermana sí tiene y somos casi igualitas. Pero, aunque se fuera a la guerra, yo no se lo quitaría.

Una muchedumbre se agrupa en torno al fuego que ilumina la cara de la niña. Algunos, los que están ahí

porque le temen a la muerte, han olvidado sus dolencias y la oyen atentos. No sienten hambre ni sed. Sus rostros brillan conmovidos cuando son alcanzados por el resplandor de las llamas.

Don Pascual se desplaza hacia un costado. Nadie percibe ese movimiento. Él, que durante el día sabe que los ojos de los necesitados se dirigen unívocamente hacia su persona, ahora se siente uno más entre la multitud que se queja cuando la niña anuncia que ya ha contado todas las historias de los libros que leyó durante los últimos tres años.

—Estoy sana, don Pascual —dice ella, fijando su mirada en el curandero indio, como si siempre hubiera percibido su ubicación exacta entre los oyentes—. ¿Cree que necesito otro frasquito?

Alarmas

ÁNGELA PRADELLI

La vinculación del hombre con el infinito está en la infancia.
William Goyen

Hay que reconocer que este año el jardín está distinto. Primero fueron los pájaros. Empezaron a llegar a principios de diciembre y desde entonces todos los días bajan al jardín en vuelos nerviosos. Pero se posan seguros sobre el pasto, firmes sobre la fragilidad de las patas. Clavan el pico en la tierra, lo hunden, escarban, maniobran una lombriz y la sacan a la superficie. Después vuelven a levantar vuelo. La operación no dura más que un par de segundos. Hay que verlos cómo remontan otra vez, mientras la lombriz les cuelga del pico agitándose en el aire. Debe de ser terrible para las lombrices. Estar en la oscuridad de la tierra húmeda sin sospechar la amenaza, ni nada de lo que pasa acá arriba. No pueden ni siquiera intentar la defensa. Qué terrible estarse ahí, a cierta profundidad, en la seguridad oscura de la tierra húmeda, y de repente un golpe y algo que penetra con fuerza. Una punta que se clava, las atrapa y las levanta por el aire sin darles tiempo a nada. Me pregunto cómo saben los pájaros dónde están las lombrices. Cuál es la señal. ¿Largan algún olor las lombrices? ¿Tienen olfato los pájaros? ¿O es que hay toda una capa de lombrices por debajo de la tierra? ¿O es que los pájaros intuyen, prueban a acertar?

Llevo días tratando de que Mía observe eso. Un pájaro hundiendo su pico para cazar su presa y llevársela

lejos para comerla. Pero no hay caso. Siempre pasa algo. O ella está distraída cuando llega el pájaro. O en ese momento justo entró en la casa y por más que yo la llame y ella corra nunca llega a tiempo para verlo. En fin, la cuestión es que no logro que Mía vea esa operación.

Mía acaba de cumplir cuatro años y es muy menuda. Vive en un departamento en el centro de Buenos Aires, y suele venir a Adrogué a pasar unos días durante las vacaciones de verano. Pero algunas cosas de esta vida en las afueras le complican los días de su existencia urbana, siempre más seguros. Un año fueron las hormigas. Si una hormiga se le cruzaba en el camino, ella se paralizaba frente al insecto y había que correr a rescatarla. Otra vez fueron las moscas. Se encogía y enseguida replegaba su pequeño cuerpo cuando una mosca le volaba cerca. Tanto con las hormigas como con las moscas, Mía tardó varios días en reconocer la falta de peligrosidad de esos insectos y, aunque finalmente lo entendió, siempre siguió mirándolos con un resto de desconfianza y un leve frunce de los labios en señal de rechazo y de asco.

Este año empezó con eso de las alarmas desde el primer día que llegó. Anoche, cuando volvió a preguntármelo, estábamos en la cocina las dos. Preparábamos café.

—¿Oís las alarmas, tía?

—¿Qué alarmas? —le dije.

Sería mejor que tomara una taza de leche o un jugo, que comiera una fruta.

—Los nenes no toman café —le dije.

—¿Qué nenes? —preguntó.

Después se puso en puntas de pie y se colgó de la mesada.

—Yo sí —me dijo.

Y controló que yo pusiera la misma cantidad de café en su taza que en la mía. Pero algo interrumpió esa supervisión.

—Chist —me advirtió.

Su dedo índice señaló hacia lo alto y entonces supe que otra vez Mía estaba oyendo las alarmas.

—¿Vos oís? —me insistió.

Puse dos cucharadas de azúcar en cada café y revolví. Me pregunté si el ruido que Mía registraba vendría de la radio que sacamos al jardín para escuchar música. Pensé en una interferencia, tan común, por otra parte, por el acople de las antenas. O tal vez sería la música misma, algún instrumento. *Un éxito cada tres minutos* es el nombre del programa que escuchamos y que un conductor de voz arenosa repite antes y después de cada canción.

Mía levantó sus hombros minúsculos y me dijo que podía ser, que la música podía ser. Pero enseguida volvió a pensarlo y se arrepintió.

—No, no, no —dijo—. Son las alarmas que suenan acá cerca.

¿Sería eso? ¿Los sistemas de seguridad de las casas de la cuadra? En este barrio, a veces las alarmas se disparan por distracción de los dueños. Son apenas unos segundos, y puede que ese sonido que aparece con cierta frecuencia sea tan familiar para mí que ya ni siquiera lo registre. Por qué no.

—Pero no te asustes —le pedí.

—No me asusto —me contestó—. Quiero que las oigas.

Hacía calor, pero era una noche clara y despejada y se estaba bien afuera. Por eso le dije que tomaríamos el café en el jardín. Y porque además este año ella está muy interesada en el cielo. Yo, como puedo, trato siempre de responderle las preguntas que me hace. A veces, también durante el día, ella mira cada tanto hacia arriba para supervisar la salida de la luna, pero nunca dice nada en esos momentos.

Hasta que la luna aparece.

Y entonces ella suspira.

A veces se da cuenta de que la estoy observando.

Y entonces sonríe.

Después vuelve a mirar al cielo y ahí nos quedamos las dos juntas sin hablar.

—¿Alguna vez acariñaste la luna? —me preguntó anoche cuando salimos a tomar el café al jardín. Estábamos sentadas en el banco largo y buscábamos en qué parte de la hondura del cielo estaba la cara de plata.

Unos momentos antes, habíamos regado juntas las flores y también el pasto. Ahora las dos estábamos descalzas y el pasto recién regado nos humedecía los pies, y eso nos daba una cierta frescura en el cuerpo.

Un perro ladró en la calle unos ladridos histéricos y agudos.

Ella apoyó el costado de su pequeño cuerpo sobre el mío antes de insistir.

—¿La acariñaste alguna vez? —dijo y me miró.

Y como no me gusta mentirle, le contesté que sí, que algunas veces la acariño, y ella me dijo entonces que también. Algunas veces.

Primero fueron los pájaros atrapando lombrices bajo la tierra. En casa eso no había pasado nunca antes. Ni siquiera aquel verano tan lluvioso en que, por el exceso de agua, el pasto crecía rapidísimo. La tierra estaba tan húmeda que hasta las lambertianas, que tardan tanto en tupirse y son lentísimas para desarrollarse, largaban sin embargo sus ramas nerviosas. Las hojas de los cipreses crecían en crestones tan cargados que había que apurarse a podarlos para emprolijar los cercos deformados.

Los pájaros llegaron a principios de diciembre, y unos días después aparecieron las mariposas. Hasta entonces, era común ver en el jardín una mariposa planeando cada tanto o desplazándose hacia las flores de los canteros más cargados. Común pero raro al mismo tiempo, porque ya casi no se ven mariposas, ni siquiera en los jardines de los suburbios como este. Pero cuando tantos pájaros cazando lombrices a nuestro alrededor eran todavía una sorpresa en el jardín, aparecieron las mariposas. Dos mariposas juntas volando hacia los rosales por la mañana. Tres para acá y para allá al mediodía. Otras tres revoloteando nerviosas y ágiles cerca de la retama. Al atardecer del día siguiente, puñados de mariposas blancas sobrevolaban las salvias azules. Dicen que antes las mariposas eran de un único color, que solo había mariposas blancas, y que después de la Revolución Industrial se fueron tiñendo de otros colores por los gases tóxicos que quemaban las industrias, y por la contaminación con que las fábricas arruinaron los ríos y el medioambiente. Pero en este jardín hay mariposas blancas y de colores, con lunares, a rayas y combinadas. Así que acá tenemos mariposas pre y post Revolución Industrial mezclándose en sus vuelos cruzados. Ahora ya casi no causa ninguna sorpresa, pero al principio sí. Aunque son tan delicadas y siempre un poco sutiles, la verdad es que al principio fueron un sobresalto. Llegar de la calle, poner apenas un pie en el jardín y encontrarse siempre una bandada de mariposas que remontan vuelo y se pierden en el aire extranjero de las casas vecinas o de la calle. Cuánto tiempo habrían estado esas mariposas ahí, quietas, en la soledad del jardín sin gente, en la hondura de los silencios sin voces. Por qué se van siempre, tan distantes, tan ágiles, tan nerviosas. Por qué se van.

Pero Mía tampoco me hizo mucho caso con las mariposas porque seguía preocupada por las alarmas.

Y anoche empezó otra vez mientras estábamos en la cocina preparando el café.

Después salimos las dos al jardín y apoyamos las tazas en el pasto. Fue cuando estábamos conversando sobre la luna que ella tuvo un sobresalto, porque otra vez había empezado a oírlas. Un sobresalto que fue casi un temblor en lo diminuto de su cuerpo.

—Las alarmas —dijo.

Entonces, las dos nos levantamos del banco.

—¿Oís ahora? —me preguntó.

Mía respiró hondo y avanzó rápido bordeando los rosales. Yo la seguí.

—¿Oís? —me preguntó.

Estábamos paradas en el medio del jardín.

La noche seguía siendo calurosa, a pesar de cierta frescura que aún sentíamos en los pies húmedos.

—Por ahí —dijo Mía elevando un brazo.

Las dos buscamos en el cielo.

—Oí —me ordenó ella.

Y señaló con el índice las copas de los pinos más altos del baldío de al lado. Venían de ahí las alarmas. Igual, no nos movimos. Aunque ahora ya lo sabíamos, las dos permanecimos quietas bajo la inmensidad de esa noche clara. Que las alarmas vienen de ahí, supimos las dos, de los blancos que los pájaros hacen en las ramas en las que se esconden con sus presas aún vivas en los nidos.

Casi transparente

CAROLINA BRUCK

Los niños entendíamos, súbitamente, que no éramos tan importantes. Que había cosas insondables y serias que no podíamos saber ni comprender.
Alejandro Zambra

¿Me pasás el Off, Kari? Está ahí debajo del libro. Ya sé que a esta hora los mosquitos se van, pero para mí que tengo la sangre dulce, porque aunque haya uno nomás, me deja toda llena de ronchas. Ponete vos también, no te preocupes si se gasta; a último momento, papá me metió otro más en la mochila. No sabés, cuando vio que nos iban a llevar hasta Necochea con el micro de Fito casi me hace bajar; dice que es una catramina maquillada de naranja. Por suerte al final me dejó venir. Me acomodó la mochila, agitó la cantimplora, me subió el cierre de la campera y cruzó al kiosco de Silvia para comprar otro repelente. Como si así hubiera podido estar seguro de que la chatarra de Fito nos iba a llevar sin problemas hasta el camping de la Juventud. ¿Lo escuchaste vos? Mientras me subía al micro, cantaba unas canciones reviejas: "Chofer, chofer, apure ese motor, que en esta cafetera nos morimos de calor", y la otra, esa del campamento que es puro experimento, una que dice "Y qué tomaste, y qué tomaste... mate cocido con gusto a podrido, *oi mame*, si querés no sé qué cosa". Qué vergüenza que me dio. Hasta que llegamos a Atalaya, los chicos del grupo más grande se la pasaron cargándome.

¿Sabías que mi papá también estuvo acá de joven? La noche antes de salir se la pasó como seis horas enseñándome a hacer el ballestrinque. Me había estado contando de su primer campamento, de cómo había conocido ahí a Aaroncito y al Bebe, sus amigos de toda la vida, de lo lindo que es mirar el mar desde los acantilados, aprender a ajustar las estacas para que no se vuele el sobretecho y después, a la noche, en el fogón, tener charlas profundas sobre la identidad judía o conocer más sobre nuestra historia. Esas charlas como las que a veces proponen los maestros: que definamos lo que es ser judío para nosotros, si es una identidad o una religión; que digamos si nos parece bien que en algunos *kibutzim* los chicos duerman en pabellones separados de los padres; o que opinemos sobre lo que dijo ese italiano que nos leyeron, que no hay que olvidarse de las cosas terribles que hicieron los nazis porque en cualquier momento pasan otra vez, como en la guerra de Argelia o en Vietnam hace repoco. En serio, me lo contó el maestro del grupo de once, el hombre va por los colegios de su país y se lo explica a los chicos.

Viste que el italiano se llama Primo; yo no sabía que "Primo" es un nombre allá, quiere decir "primero". En cambio acá, el nombre "Primero" no existe que yo sepa, ni tampoco "Primera". Sí existe "Segundo", lo sé porque en la biblioteca hay un libro, *Don Segundo Sombra*. Lo leen las chicas de séptimo; dicen que es un plomo. ¿Te están picando a vos? A mí creo que sí, o por ahí son hormigas coloradas que se metieron en el banco de troncos; a esas creo que el Off no las afecta. Si me ves rascarme, apretame la mano fuerte, porque si no se me hacen como unas montañas con lastimaduras arriba. Me arden tanto que parece que tuviera volcanes en la piel.

Te decía: la cosa es que lo vi tan contento a papá con eso de las charlas en el fogón y las reflexiones que no me animé a contarle que los chicos de nuestro grupo no les dan mucha pelota a los maestros, y lo único que hacen en los campamentos es organizar campeonatos de pedos o de eructos, o ponerse a hablar boludeces. Qué sé yo, del Taunus automático que se va a comprar la mamá de Daniela, o del equipo de música Technics importado que le trajo a Mauri su *zeide* para el cumpleaños, o del viaje a Disney que hizo toda la familia cuando el hermano más grande de Germán se recibió de martillero público. O de las zapatillas para aerobic que se compraron cuando viajaron a Miami. Veinte horas hablando de las zapatillas de aerobic y del test de Cooper, y otras veinte más hablando de las de tenis que usó Vilas para llegar a ser número uno hace tres años. Como si ellos fueran tan grandes deportistas. No lo quise desilusionar al pobre papá.

Aunque la verdad, la verdad, te lo digo a vos, Kari, porque sí sos mi amiga, creo que mamá y papá me mandaron al campamento para quedarse solos con la bebé y ver si se arreglan de una vez por todas. Mi hermana les llora un montón y no pueden calmarla. Y desde que a mamá se le fue la leche, Sole está peor; se despierta a cada rato y no saben qué es lo que quiere.

A veces yo me levanto, agarro un libro de la colección Su Hijo de Tantos Meses, el que sirve para los meses de mi hermana, y se lo llevo: lean, a ver si aprenden, les digo. Ellos me dicen "sabelotodo" y me echan del cuarto, aunque se quedan con el libro: no sé si lo leen o hacen como que lo leen para que yo me vaya. Pará, no te muevas

que tenés uno ahí en la pierna, se ve que le agarró insomnio. Te lo mato: duele un poco, pero peor si te pica. Mirá qué grande que es: parece un modelo en miniatura de esos helicópteros que vimos cuando pasábamos por Quequén.

Dice mi *bobe* que a mamá se le fue la leche por un disgusto; viste que las *bobes* usan mucho la palabra "disgusto". Lo que no sé bien es qué fue, porque cuando se lo estaba contando a una de sus amigas se puso a hablar en *ídisch* para que yo no entendiera. Me da un odio; se creen superiores porque saben muchos idiomas. La mía sabe alemán, polaco, un poco de holandés; eso dice, porque solamente la escuché hablar *ídisch* y castellano.

Igual, yo estoy casi casi segura de que todo este lío tiene que ver con algo que pasó justo antes de que terminaran las clases, un mes después de que naciera Sole, un martes. Me acuerdo porque ese día, en la cena, mamá y papá habían estado festejándola como unos tontos. Como a las dos de la madrugada, cuando ya nos habíamos redormido todos, llegó a casa mi tío llorando de tristeza (viste que mi tío es grande y los varones grandes casi no lloran de tristeza, algunas veces por ahí de alegría). Les dijo a mamá y papá que ya no podían ir más al consultorio de la calle 53, que es donde atendía ese doctor gordo medio pelado de anteojos que la pesaba y le medía los centímetros a mi hermana. A mí me dibujaba Dailan Kifkis en las hojas para las recetas, aunque la verdad ya estoy un poco grande para eso, porque Dailan Kifki es como mucho para segundo grado, no más.

Yo escuchaba escondida, desde la puerta de mi pieza. Qué habría pasado con el doctor gordo; por ahí

le habían aumentado el alquiler; siempre se quejaba con mamá. Pero eso no era para que mi tío se pusiera a llorar. Me dio mucha lástima que ya no pudiéramos ir: por más que me trataba como a una nena de segundo, igual me encantaba la sala de espera de ese consultorio. Tenía unos sillones naranja fosforescente muy cómodos, te podías hundir ahí como en una pileta de Crush; también había una mesa de plástico azul francia con revistas de *Astérix* y de *La pequeña Lulú*, y las paredes todas decoradas con diplomas, fotos y pósteres. Los que más me gustaban eran el de la mona Chita disfrazada de enfermera, que pedía silencio con el dedo en los labios, y otro con un poema muy largo. Me lo quería aprender de memoria, pero nada más me quedaron algunas frases: "Si un niño vive criticado, aprende a criticar; si un niño vive avergonzado, aprende a sentirse culpable; si un niño vive amado, aprende a amar", y así seguía diciendo si un niño vive una cosa, aprende esta otra relacionada. Yo me lo iba a aprender cuando terminara el de "Tus hojitas nevadas piden solo un favor: de tus manos rosadas un poquito de amor", ese que habla del libro, que nos lo pidieron para la escuela, pero no llegué.

Ahora no vamos a poder ir más a esa sala de espera. Desde mi escondite, también escuché que mi tío dijo que habían roto todos los vidrios, que habían desparramado el relleno de los sillones por el piso y que se habían llevado el fichero. No, no era lo del alquiler para nada; unos ladrones, puede ser. Después les preguntó a mamá y papá si se acordaban de Isabel, la compañera de Hugo, la que estaba de siete meses. Mamá se puso a llorar a coro con el tío y después gritó. Pegó un grito tan fuerte que despertó a Sole y ahora era una orquesta desafinada retumbando a todo volumen.

Igual cuando entré yo se quedaron callados; mamá se sonó los mocos y después se pusieron a hablar de una película de Luisina Brando que habían visto ese sábado en el cine. Qué tenía que ver hablar de una película de Luisina Brando un martes a las dos de la mañana.

No sé, Kari, si vos sentís lo mismo, pero cuando papá y mamá me esconden algunas cosas que pasan, yo me quedo sin dormir toda la noche, imaginando qué es lo que no me quieren contar. Y quedarte sin dormir sola en tu pieza no es lindo como ahora, que nos escapamos al quincho las dos para charlar, leer el diario de Ana y hacernos compañía, sentadas en los bancos de madera, aunque acá puedan venir los mosquitos o las hormigas coloradas. Cuando no me puedo dormir en casa, veo sombras atrás de las cortinas y escucho ruidos por todas partes. Me siento como si estuviera con una gripe fuertísima: el cuerpo me tiembla un montón, de repente tengo frío, de repente me muero de calor y se me moja toda la espalda, y no me animo a salir de la cama ni para hacer pis (una vez, no se lo cuentes a nadie, me aguanté tanto que me pishé encima).

¿Sabés hacer ballestrinque? Al final, viste que los maestros se la pasaron ellos haciendo los nudos y las carpas, y nos dejaron a nosotros jugando al quemado. Odio el quemado; cuando los chicos del grupo eligen los equipos, a mí me dejan siempre para lo último, nadie me quiere. Es horrible quedar para lo último; por lo menos si queda uno después que vos no te da tanta vergüenza. Y

cuando empieza, tenés que estar ahí moviéndote y saltando para que no te maten con la pelota; siempre me apuntan a matar primero y, aunque sé que es nada más que un juego, el corazón me late rapidísimo, Kari.

Bueno, vamos a leer, no te hincho más con las cosas de mi familia. Lo que pasa es que, si no es con vos, no puedo hablarlo con nadie; viste que las chicas del grupo de la Juventud a mí no me dan ni bolilla. Y las de la escuela de la mañana, menos todavía; en los recreos, todas andan atrás de esa Guillermina Capdebarthe para que les regale la ropa de Barbie que ya no usa, les convide golosinas importadas o les enseñe las letras de las canciones de Cantaniño. Una vez se me acercó una chica de 5° B, pero esa me da un poco de miedo, porque tiene internada a la madre en una clínica de locos y anda siempre despeinada. Tenés que decirles a tus papás que te cambien a mi escuela.

Qué bueno que lo trajiste, hace un montón que quiero leerlo entero. Yo leí algunas partes en la casa de la *bobe*, un sábado a la noche que vimos *Teatro como en el teatro* en la tele y después ella se sentó conmigo a contarme de los pocos días que pasó en Holanda. Eso fue antes de hacer el viaje a Argentina de contrabando por Paraguay. Viste que el anexo secreto de Ana estaba en Holanda. Así que mientras leíamos, yo me imaginaba que la *bobe* caminaba ya sin la estrella (sabés que en el camino de París a Ámsterdam la *bobe* se había conseguido documentos falsos), con el pelo teñido de rubio, por las calles tapadas de niebla. Pasaba por la empresa del señor Frank sin saber que todos vivían escondidos en el segundo piso del edificio y seguía haciéndose la tranquila hasta que se encontraba con el hombre de la Aduana que la ayudó a entrar en el barco.

El domingo siguiente a la mañana me desperté pensando en los documentales de los campos que nos pasaron en los aniversarios del Schule. Me daban escalofríos cuando me imaginaba a los de la Gestapo que pateaban la puerta secreta del anexo y los encontraban a todos sentados alrededor de la mesa, menos a la señora Frank, que estaba trayendo la olla con la sopa. Después, las imaginaba a Ana y a Margot en el campo con el pelo sucio, vestidas de gris, encerradas en un cuarto helado; Margot, enferma en la cama, y Ana, mirando por una ventanita cuadrada a las mujeres que caminaban en fila con la espalda encorvada por el patio lleno de polvo, para ver si aparecía la mamá, o la señora Van Daan.

Sabés que una semana después de que lo leímos, la *bobe* me trajo un diario de regalo. Está muy bueno: no es de Sarah Kay ni de My Melody, es de unos unicornios japoneses rodeados de estrellas. Tiene candado y hojas de distintos colores pastel. Empieza verde agua, después rosa bebé, salmón, celeste y amarillo suave. A la noche me senté y lo quise empezar. Pero no supe qué poner. Me parecía una pavada hablar de los chicos del grupo, y de cómo me revienta tanto lo del quemado y también que se rían de mí porque digo "Israel" distinto que ellos. Me acordaba del diario de Ana y cómo ella contaba cosas de su vida de todos los días, de lo que le daba miedo, de los libros que leía, de los compañeros que le gustaban, como cualquier chica, pero también reflexionaba mucho

sobre la guerra y sobre los judíos en ese momento. ¿Yo qué voy a contar? ¿Que la hermana de Daniela Goldberg le robó el Taunus a la madre, se lo abolló y por eso la castigaron hasta Rosh Hashaná? ¿Que mamá no me quiere comprar pantalones fucsia porque dice que tengo las piernas gordas?

Mejor empecemos a leer, Kari, antes de que se haga de día y los maestros nos lleven a correr contra el viento pasando los médanos, por donde empiezan los acantilados. No sé qué tengo en los ojos, pero cuando amanece, no veo nada de nada. Es como si la claridad me dejara medio ciega y lo que pasa cerca, muy cerca, se me volviera borroso, casi transparente.

Casino Casa Grande

(fragmentos)

MARIANA MUSCARSEL ISLA

Me crie en un casino

Esta vez no nos habíamos quedado en el auto esperando. Estábamos con mi hermana mayor, Flora, tomando una Coca en el bar del casino, esperando a que papá volviera. Dibujábamos en las servilletas con unas lapiceras que nos había prestado el mozo y hacíamos principalmente personas; yo me copiaba y las hacía de la misma forma que ella. Primero, un medio círculo de cara donde entraran los ojos grandes, apenas una curva pequeña hacia abajo para la nariz y una curva más grande hacia arriba para la sonrisa; después un corazón bien grande como si fuera el pecho y un triángulo desde la cintura haciendo de pollera o la parte de abajo del vestido. Siempre dibujábamos mujeres. Después de media hora, ya teníamos una pila de dibujos en las servilletas y mi hermana había abandonado las chicas princesas para empezar con los cartelitos. Ella ya sabía escribir e hizo uno que decía "papi, no fumes más"; tenía un símbolo de prohibido fumar.

Papá le había dicho al mozo que nos diera todas las Cocas que quisiéramos. Nosotras sabíamos que en realidad podíamos pedir cualquier cosa con tal de no molestarlo, incluso cosas caras, pero no lo aprovechábamos porque ante todas las Cocas, ante todas las cosas, nos queríamos ir.

No como un plan, pero sí como una especie de estrategia implícita y secreta, empezamos a turnarnos para poner caras pegadas al vidrio que a lo lejos dejaba ver la imagen de papá. Un rato cada una hasta que nos viera poner cara de aburrimiento, cara de bostezo, cara de "nos queremos ir, papá", y él respondiera que un rato más, "un ratito que ya termino".

Al cabo de unos minutos, frente al evidente fracaso de las caras en el vidrio, fuimos sucumbiendo al sueño, empezamos a dormirnos sobre las manos y en la mesa, con la tranquilidad que brinda el saber que no hay más nada que hacer, que no hay dibujo que cambie el curso de las cosas ni cara que adelante el fin de un juego.

Al final, mi papá apareció con un hombre y una mujer. Nosotras estábamos con la cabeza acostada en la mesa, pero con nuestros ojos grandes abiertos. Dijo en voz alta:

—¡Epa! ¿Tanto sueño ustedes dos? Cuando están en casa hay que perseguirlas para que se vayan a dormir. ¿Cuántos cuentos le hacen contar a su mamá para dormirse? Le voy a decir que es más fácil traerlas acá, que cierran los ojos enseguida. —Flora se mordió los labios mirando a papá y yo levanté los hombros en signo de "qué me importa".

—Bueno, saquen esa cara de puchero que mañana con la plata que gane las llevo a la juguetería y se eligen lo que quieran.

—Bueno, yo voy a querer un montón de cosas —le contestó Flora malhumorada.

—Ahora se van a la casa de ellos y en un rato nomás las paso a buscar —dijo mientras apoyaba un brazo en el hombro del señor canoso y el otro en el hombro de la

mujer, que era más joven y rubia, exageraba su sonrisa, imagino que para que accediéramos a irnos y no nos pusiéramos a llorar. Papá le dio un beso a Flora en la frente y a mí me despeinó tierna y apresuradamente la cabeza. A la pareja le dijo que no se preocuparan, que nosotras cuando no nos portábamos mal éramos unas santas. Todos se rieron y papá se fue.

La pareja iba de la mano y, con la mano libre que cada uno tenía en el extremo, nos habían acomodado delante de ellos llevándonos del hombro. Caminamos de esa forma incómoda desde la puerta del casino hasta la puerta de su auto. Flora me propuso que mirara el suelo que estaba rojo y el señor inmediatamente interrumpió para explicar que el suelo estaba rojo porque el rocío de la noche hacía que se reflejara la luz de neón del cartel. Flora le contestó interrumpiéndolo: "Sí, ya sé". Yo también estaba malhumorada, me molestaba sentir el peso de la mano de la rubia en mi hombro y pensar que estaban aprovechando nuestra presencia para jugar a la casita. Yo ya tenía frío; el vestido que llevaba iba bien para el sol de la tarde, pero de repente la noche se había vuelto helada. Flora tenía más suerte: ella se había puesto el enterito de jean con parches floreados, que era largo.

La casa era chica, con sillones de pana roja y caño negro; había una lamparita de luz muy amarilla que alumbraba un cuadro que, más adelante lo supe, era de Van Gogh. La casa era tan linda como ellos, pensé. No era linda.

La pareja se esforzaba por entretenernos, nos daban charla mientras jugábamos los cuatro a las cartas, nos preguntaban por mi mamá y decían el estilo de cosas que se les dicen a los chicos cuando se los quiere trasladar mentalmente a una linda situación, como "¿Te gusta bailar? ¿Y cantar? ¿En el verano van a la pileta? Vos vas a ser una artista, impresionantes los dibujos que hacés".

Mi papá llegó a las cuatro y media de la mañana y, al encontrarnos despiertas y jugando a la casita robada, hizo algún comentario de lo bien que la estábamos pasando. A él le parecía que la noche era un lujo que nos daba.

Le preguntamos si había ganado y ya no me acuerdo qué nos respondió. De ese día, de hecho, no recuerdo nada más que la duda boba de si esas personas nos habrían tenido lástima o también serían la clase de gente que va a un casino y deja a sus hijos en el auto, en la confitería o en la casa de una pareja de desconocidos.

El Chocón no existe, son los papás

En preescolar me enseñaron dos cosas que no me olvidé. Una: si tirás una pila a la tierra, las plantas no crecen; si plantás una semilla en tierra sin pilas, sí.

Otra: si suena una sola sirena de los bomberos, significa que llaman a los demás bomberos al cuartel; si suenan dos, hubo un accidente; tres, un incendio; cuatro, un incendio fuera de la ciudad; cinco, no sé; seis, Navidad o Año Nuevo; siete o indefinido, catástrofe, o sea, se rompió El Chocón y hay que correr a la parte más alta de la ciudad.

El invierno seguía y era mediodía; mamá nos había ido a buscar a la escuela y nos volvimos caminando. Eso significaba, según la reciente adquisición de horarios después de la separación, que era lunes o jueves, porque los miércoles almorzábamos con la abuela y los martes y viernes con papá en algún restorán: su nueva casa era poco espaciosa y, en sus palabras, "no tenía chica que le cocinara".

En el camino hacia casa, Flora se puso a llorar porque tenía miedo de no llegar. Mamá le preguntó: "¿No llegar a dónde?", y tras un serio interrogatorio, Flora terminó contando que la vieja de mierda de la señorita Patricia le había dicho que si le llegaba a contestar mal otra vez El Chocón iba a explotar; Flora, como era contestadora, le dijo "y qué me importa". Entonces la señorita Patricia le dijo que estaba en penitencia y que no podía hablar más por el resto de la clase. Como era su costumbre, Flora hizo como si eso no la afectara, pero le explicó a mamá que ahora tenía miedo de que El Chocón explotara por su culpa. Era posible. Hacía un mes el novio de la señorita Patricia, que era bombero, había dado una charla acerca del quehacer de los bomberos voluntarios. Explicó una vez más lo de las sirenas, porque según él había una confusión generalizada al respecto. Cuando terminó su monólogo, todos le empezaron a hacer preguntas relacionadas con El Chocón. Eduardo, así se llamaba, dijo que lo importante era estar siempre atentos a las señales de alarma y sobre todo guardar la calma para poder llegar sin mayores inconvenientes y lo más rápido posible a las bardas antes de que el agua cubriera la ciudad. De alguna extraña forma, la cabeza de Flora cruzó, tergiversó y deformó las historias, de manera que Eduardo había quedado con el poder de hacer explotar El Chocón si la señorita Patricia se lo pedía. La señorita Patricia la odiaba tanto que era capaz de hacer eso; de hacer eso y mucho más.

Que se rompiera El Chocón era para Flora la peor pesadilla. La catástrofe más cercana y la que más miedo le daba. Porque si había una certeza que ningún grande desmentía, era que El Chocón, de una forma u otra, en algún momento, se iba a romper. Además, su amiga Laura Levín le había contado que una vez había ido de picnic a la represa y había visto las grietas.

Todos hablaban de que El Chocón iba a romperse, pero nadie sabía bien qué hacer si alguna vez se rompía.

Flora quería saber cuánto íbamos a tardar en llegar a las bardas desde casa y cuánto desde la de papá. Empezó a preguntar si el agua llegaría a tapar todos los pisos de la casa, porque ella quería saber si con la altura nos íbamos a salvar. Flora quería saber hasta qué piso iba a llegar. ¿Hasta el primero? ¿Hasta el altillo?

Nunca nadie le sacó esa duda.

Le preguntó a mamá, que siempre tenía todas las respuestas para todas las cosas, pero mamá se desconcertó. Primero dijo sí, después no, después le echó la culpa a la electricidad y por último le gritó a Flora que ya era grande, que en unos meses iba a empezar la secundaria y que no podía hacerle esos planteos de bebé. Entonces Flora se quedó con la idea de que probablemente el agua no taparía la casa entera, pero que igual podíamos morir electrocutados. De una manera u otra, El Chocón nos iba a matar.

Si sonaban sin parar, era el final, pero era difícil saber cuándo terminaba una sirena y empezaba la otra. Solo restaba dejar pasar tiempo hasta esperar que parasen o darse cuenta de que estaban sonando indefinidamente. Claro que con este método se perdía tiempo precioso para huir a la parte más alta de la ciudad.

A partir de ese día, cada vez que se escuchaba una sirena, Flora iba a buscar a mamá diciendo que no podía respirar; entonces le agarraba la mano y empezaba a rezar el rap del ángel de la guarda, que era el único rezo que se sabía. Como no le parecía suficiente, le pidió a mamá que le enseñara el Ave María, y ella se lo recitó un par de veces mientras Flora repetía. Al parecer, mamá no era muy rigurosa y alternaba el orden de algunos versos, lo que hizo enojar a Flora, alegando que así no iba a servir. Me pareció mal que se enojara con mamá por no saberse al pie de la letra el Ave María. Le dije que no tenía sentido tener tanto miedo por El Chocón, porque si estallaba nos moríamos todos y san se acabó, que lo terrible sería quedarse vivo y que se muriesen los demás.

Al otro día, Flora fue a visitar a la abuela, quien le aclaró que “el Señor es contigo” venía después de “llena eres de gracia” y no de “bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Cuando volvió a casa, nos explicó cómo era y le contó a mamá que la abuela había dicho que era una vergüenza que no supiera enseñárnoslo.

Máquina de tiempo

La escuela nueva era un jardín de infantes, pero de púberes.

En una especie de epifanía atrofiada que tuvo papá, y que a mamá le pareció "acertada en su momento", se les ocurrió que mejor dejáramos de ir a la escuela pública y fuésemos al Nuevo Modelo, en donde tenían clase siempre y por alguna extraña razón eso era genial.

En mi afán por ser una hija complaciente, y con la seguridad de que me iba a servir para cuando estuviera en la universidad, les dije que sí, que desde sexto grado no iba a ir más a la 157 y que me pasaba a la escuela en la que, aunque lloviera, tronara o estallara El Chocón, había clases.

La sorpresa fue que los chicos que iban al Nuevo Modelo resultaron ser unos nenitos de mamá que se la pasaban viendo tele o jugando juegos de rol, que yo había abandonado hacía como dos años. Eran muy aburridos.

Un día, después de la escuela, fui a lo de Lucy. Ella era la primera que me había invitado a sentarme en el banco de al lado. Era de esas chicas que podían llegar a salir mejores compañeras, pero que en realidad no eran amigas de nadie, y su principal virtud era mantenerse al margen y conservar, ante todo, la neutralidad. La desgracia de Lucy era que aun siendo así, a fin de año, cuando se elegía a la mejor compañera, inexplicablemente, nunca salía ella.

En su casa, Lucy quería que jugáramos a la farmacia: una tenía que ser la compradora y otra la vendedora. Teníamos que entregarnos billetes imaginarios y darnos vueltos imaginarios; tenía que preguntarle con un interés imaginario, tan imaginario e inexistente como el producto que me ofrecía. Yo sentía que por cada perfume que vendía retrocedía un año de edad y que si seguía jugando iba a convertirme en el primer bebé con Alzheimer de la historia.

No me animaba a decir que no me gustaba jugar a la maestra ni a la farmacia ni a la mamá ni a nada que involucrara darles vida a cosas de plástico o llenar con la imaginación un frasco de perfume vacío. Yo quería hacer una bicicleteada, jugar al bowling o ir a molestar al cine, como hacía antes con mis amigas de la otra escuela. Pero todo eso no lo decía. No se lo decía a Lucy porque no quería ser arrogante con la única persona que me había invitado a su casa. No se lo decía a mamá porque tenía que hacerme la que pensaba que la nueva escuela era genial, y que eso de que hubiese clases aunque lloviera, tronara o estallara El Chocón era lo que siempre había soñado.

Como no tenía amigos en la nueva escuela, pero tampoco quería quedarme en mi casa sola por siempre, el jueves siguiente volví a ir a lo de Lucy, la farmacéutica, pero esta vez se me ocurrió una estrategia: cada vez que Lucy me decía de jugar a algo, yo le decía que primero teníamos que hacer la tarea del colegio.

Nunca hice la tarea con tanta dedicación. Usé regla y colores; cuando terminamos los deberes de Lengua,

propuse hacer los de Matemática, y después de eso quise hacer los de Sociales. Cuando Lucy me dijo de hacer un recreo para jugar, yo le contesté: "Los juegos son más divertidos si ya hiciste todo lo que tenías que hacer", y Lucy, que era una ilusa, se creyó todo el cuento de la diversión responsable.

Cuando mamá me fue a buscar a las ocho de la noche, escuché que la mamá de Lucy le contaba muy sorprendida todo lo que habíamos estudiado esa tarde. Las dos se quejaron de que nos daban demasiada tarea en el colegio, tanta que ni nos alcanzaba el tiempo para jugar. Gracias a Dios.

El mundo era un lugar maravilloso

PÍA BOUZAS

Las paredes de la casa son de adobe, una mezcla de agua y tierra cocida en el horno de piedra que tienen ahí mismo, junto al corral. La casa y la tierra tienen el mismo color ocre. Vista desde el camino, es una mancha incrustada en la montaña que apenas se distingue por una ventana vidriada, un diminuto cuadrado más oscuro en el frente. A ratos, un humo blanco sale por la chimenea. Pero es solo de a ratos. Desde arriba, en cambio, la ruta se ve como una serpiente que ha terminado de mudar la piel: nuevita, reluciente con su asfalto negro y las rayas blancas y amarillas. Únicamente la usa gente de trabajo; camionetas que van o vienen del gasoducto que atraviesa la cordillera hasta llegar a Chile. Pero eso, también, solo cada tanto. Parece que el tiempo siempre las empuja hacia adelante, y cuando al fin se alejan, se vuelve a escuchar el silbido del viento que corre por las quebradas sin encontrar más obstáculos que las mismas quebradas.

El chico sabe a qué hora tiene que bajar. Es que se aprende fácil a calcular el tiempo aquí porque hay pocas cosas para hacer aparte del pastoreo de las cabras, y el tiempo pasa de a ratos, lento. A media tarde, cuando el sol es tan fuerte que ya nadie soporta ni su sombra, empieza a soplar el viento. Un viento frío que nubla el cielo por unas horas hasta la noche. Es entonces cuando el chico baja por el peñasco hasta la ruta y se queda cerca del control policial. Una casilla de cemento blanca con techo azul, construida al lado del camino un poco antes de inaugurar la ruta, porque iba a ser ruta de frontera, habían dicho. Al chico le gustan el escudo de metal que cuelga alto sobre la puerta de entrada, las camas del dormitorio una arriba de la otra —se llaman camas marineras, le ha dicho el oficial— y el baño, que está dentro de la casa y al que se puede ir inclusive cuando es de noche.

La madre al principio no quería que él bajara. Decía que esa ruta era peligrosa. La asustaban los camiones que pasaban cargados con caños, herramientas, objetos inmensos que nunca antes había conocido. Una vez hasta había visto que cargaban un vehículo arriba, en el remolque del camión, y eso le pareció algo de locos. Se lo iban a matar, pensó. Pero al final había comprendido que lo tenía que dejar ir. Con ver cómo se le iluminaban los ojitos negros cada vez que le daba permiso, no pudo negarse más. Primero se lo había preguntado casi con disimulo, mientras terminaba el almuerzo y sin querer dar importancia al asunto. Pero después le había pedido por favor; hasta le había rogado con los ojos bien abiertos, negros como el pelo, mansos como los de un cabrito. Ella al final había dicho que sí, y él había saltado de la silla a la ventana. Cuando afloje el sol, dijo ella. Él asintió y fue a buscar a su perro.

Cada tarde, cuando llegaba el viento, volvía a mirarla, los ojos brillantes debajo de la gorra como dos luceros. No bien ella asentía, él salía atolondrado. Él quería saber. Ella veía que él bajaba como un cabrito suelto y se detenía

en seco al borde la ruta, justo a la salida de esa curva bien cerrada. Después cruzaba rápido y se acercaba a la casilla del control policial. El oficial salía y miraba hacia donde ella estaba, levantaba el brazo a modo de saludo y entonces ella, sin contestar el saludo, pues no sabía si debía responder o no, se metía dentro de la casa, o iba al corral de las cabras, o a la huerta que cuidaba como si fuera otro hijo.

El chico se quedaba al lado del oficial, siempre de uniforme azul. Para él, el oficial era este, el que no usaba bigote. El otro, el del bigote, que venía a remplazarlo cada cinco días, se ponía borracho apenas caía la tarde y eso a él le daba miedo. Un poco le daba curiosidad ver qué hacía alguien borracho, borracho, borracho, pero más le daba miedo, y se imaginaba que su madre no volvería a dejarlo bajar si lo sabía, así que ni se acercaba. Con el oficial, en cambio, le había resultado fácil hacerse amigo y había aprendido muchas cosas. Todavía lo sorprendía cuando, desde el fondo de ese ruido sucio que parecía lluvia sobre una chapa, aparecía la voz grave del hombre que siempre decía: "Atento, puesto Tres Cruces, aquí QHL5, cambio". Eso era un sistema de radio VHF, le había dicho el oficial pronunciando ceremoniosamente cada palabra, y servía para que a él también lo pudieran escuchar desde lejos, si contestaba, por ejemplo: "Lo copio, QHL5, cambio". Y así hablaban hasta que uno de los dos decía "cambio y fuera", y eso era chau.

Pero el radiograbador era mejor porque tenía música y a él le gustaba la música. La gente se ponía alegre, bailaba, se reía. En el carnaval siempre iban hasta el pueblo y eso le gustaba. Cuando fuera grande él iba a ser o músico de banda o chofer de camiones. Los choferes sabían de todo e iban de pueblo en pueblo. A los músicos la gente los festejaba, los invitaba a sus casas, les regalaba cosas en el carnaval. Al oficial no le había parecido mala la idea, pero le propuso que por qué no se hacía oficial, que era un buen trabajo. Bueno, dijo él, contento de que quisiera que fuera como él. A su madre no le gustaba ninguna de las ideas pero no le dijo nada, ya habría tiempo para eso.

Un día en que el chico no bajó, fue el oficial quien subió hasta la casa. Estuvo hablando con su mamá un buen rato, pero él no alcanzó a entender lo que decían. Hablaban en voz baja y las palabras que lograba escuchar se le mezclaban con los sueños y la sed y las sábanas transpiradas. Otro día le pareció verlo bajo el marco de la puerta, mirando hacia su cama. Pero no puede estar seguro de nada. De esos días apenas recuerda con nitidez la cara de su madre, dibujada perfecta como en una estampita, el frío en la frente con los paños mojados y el olor a eucaliptos de la olla siempre al fuego. Cuando pudo volver a bajar y se acercó hasta la casilla, el oficial festejó con un grito, se agachó para estar a su altura y lo abrazó fuerte hasta que quedó perdido entre su ropa. Le dijo que lo había estado esperando y le dio unos caramelos de chocolate que le había llevado. El chico se sonrió: los caramelos de chocolate eran sus preferidos. Lo miró quizás con una pizca de picardía, como quien sospecha que algo ha cambiado, y vio que él también le sonreía, más franco, con la sonrisa más abierta, entusiasmado, diciéndole que tenía muchas cosas para enseñarle. A partir de entonces,

hicieron el control de autos juntos. Algunos, incluso, los tomaban por padre e hijo.

A la mayoría de los que pasaban ya los conocían. Iban y venían frecuentemente. Cuando eran extraños, preguntaban a dónde iban, para qué empresa trabajaban, y muy de vez en cuando les pedían documentos de identidad: solo si se trataba de bolivianos o paraguayos que venían de la frontera.

Cuando el oficial no tenía ganas de conversar, era el chico quien se acercaba hasta los autos. Le gustaba preguntar y sentía curiosidad. ¿Para qué sirve esto? Y señalaba el limpiaparabrisas. ¿Qué es eso de ahí arriba? Y apuntaba al velocímetro. Miraba entonces al chofer de turno y, antes de que terminaran de responderle, sus ojos rodaban de punta a punta del auto buscando alguna otra cosa por la cual preguntar. A veces, para no quedarse conversando, los de las camionetas le llevaban preparados unos caramelos, unas galletitas, alguna cosa cualquiera, y entonces se detenían, bajaban la ventanilla y le daban directamente el regalo antes de que empezara a hablar.

Así pasaba las tardes. A veces dentro de la casilla; otras, afuera, sentado sobre el mojón. Muchas veces bajaba con su cuzquito blanco y se entretenía jugando con él. Pero hiciera lo que hiciera, siempre estaba pendiente de lo que podía aparecer por la ruta, ansioso como quien está esperando que alguien lo venga a buscar. Los ojos verificaban inmediatamente los extremos de la ruta apenas escuchaba el ruido sibilante de algún motor. Se ponía de pie y le avisaba al oficial, que muchas veces se quedaba leyendo en el interior de la cabina. Así siempre hasta el atardecer, hasta ese momento todavía clarito, pero a partir del cual ya no pasaban más autos, o si lo hacían, iban tan apurados que no se detenían. Bajaban sí la velocidad, y él alcanzaba a ver las caras detrás de los vidrios y el saludo rápido con la mano izquierda. Entonces él también se despedía del oficial, chistaba a su perro y volvía a la casa. Comían en silencio y solo a veces, cuando su madre le preguntaba, él contaba lo que había visto.

Hay un día, sin embargo, que para él es diferente. Un día al que vuelve una y otra vez igual que la lluvia, que en cada verano baja las laderas por la misma huella arrastrando las mismas piedras, uno diría. El día que le regalaron un chaleco color naranja, fosforescente. Un chaleco térmico, dijo con seriedad el oficial.

Fue en la época en que estaban construyendo el gasoducto. Esa tarde parecía igual a otras, pero hacía frío, mucho frío, y él estaba enojado. Por primera vez se había negado a comer el almuerzo. Le había rogado a su madre una y otra vez que no lo hiciera, que ese cabrito era diferente, que lograría seguir viviendo a pesar de la pata rota, que era como el cuzquito; pero ella, nada. Y además ella le había pegado. Por primera vez sintió la fuerza de su cachetada cuando él le tiró el plato de comida. Y había salido corriendo de la casa porque no quería que lo viera llorar, y se había escondido entre las piedras hasta que ella dejó de llamarlo. Solo después de un buen rato bajó hasta la casilla y se quedó en silencio, primero afuera, y después, como hacía mucho viento, adentro. Eso sí, al cuzco lo dejó afuera, para que aprendiera él también, pensó, y le cerró la puerta en el hocico. Al oficial no le dio ninguna explicación;

seguro que iba a estar del lado de ella y a fin de cuentas por qué no podría callarse. ¿Cuántas veces los demás se callaban porque sí y él se las aguantaba? ¿O no? Los otros hacían lo que se les cantaba. Le daban órdenes, que fuera, que trajera lo otro, qué sé yo. Y él iba, obediente. Y si se emborrachaban, se tenía que esconder. Así que él se iba a quedar callado, por mucho tiempo. Decidido. Cambio y fuera, pensó, y apagó la radio, harto de que solo saliera ese ruido a lluvia sucia. Levantó los ojos hasta la ventana y vio la ruta vacía, encima eso. Mejor era dormirse.

Lo despertó el tamborileo del oficial en la ventana, que le hacía señas para que fuera con él. Salió de la casilla sin mucha convicción y restregándose el sueño de la cara. Una ráfaga de viento le raspó los ojos, pero fue la sorpresa de lo que tenía frente a él lo que lo sacudió por completo. Estaban los del gasoducto, de pie al lado de la camioneta, mostrándole un chaleco de esos que usaban ellos pero que era para él, según dijeron, sí, sí, para él. Se le hizo un vacío en la garganta y no pudo hablar de la emoción. La boca abierta solo servía para que le entrara el viento.

—Dale, ponételo —le dijeron.

Él obedeció con nerviosismo porque tenía mucho miedo de romperlo. No sabía cómo había que agarrarlo y lo miraba como a un muñeco sin cuerpo. Finalmente se lo puso: le quedaba largo hasta las rodillas pero era calentito, mucho más que cualquier cosa que hubiera conocido antes, y además suave, más suave que la lana de las ovejas. Y ese color tan fuerte que seguro se vería en la noche.

—Te queda perfecto —le dijeron, y le subieron el cierre relámpago tan rápidamente que entendió por qué

lo llamaban así—. Ahora sí que estás a la moda, changuito. Cualquiera en el pueblo se moriría por este chaleco.

Y siguieron hablando, pero con el oficial. Él ya no los escuchaba. Estaba atento al chaleco, que tenía bolsillos por todas partes, de todos los tamaños, y con una solapa que se pegaba a la tela y se despegaba como si fuera un abrojo, pero sin pinches. Térmico, habían dicho. Aguanta cualquier frío, cualquier cosa.

Cuando se fueron se volvió hacia el oficial. El oficial admitió que a él nunca le habían regalado algo así. A pesar del viento fuerte, los dos se quedaron afuera. El chico lo miró con los ojos negros bien contentos.

—Y es mío —le dijo con orgullo. Por puro reflejo, quizás, cruzó las manos sobre el pecho como para retenerlo. Aunque todavía estaba demasiado sorprendido como para creer en el milagro, ya sabía que era cierto.

El oficial levantó la vista y descubrió a la madre del chico, allá arriba, al lado de la casa. La saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo.

—Chau —dijo el chico y se fue corriendo. Cruzó la ruta y empezó a trepar por el peñasco sin tomar aire; el cuzco detrás de él, agitando la cola, también divertido. No podía esperar a que cayera la tarde para subir hasta su madre y mostrárselo. Y mientras subía era una mancha fosforescente, una llamarada entre tanta tierra árida. Ahora, aun si no bajaba, si solamente saludaba desde su casa, todos sabrían quién era. Ya no era más una mancha de tierra al lado de la tierra. Estaba contento, contento hasta decir basta. Es que el mundo era un lugar maravilloso.

Lo secular

MARCIAL GALA

Existió hace algún tiempo un hombre llamado Jacobo Altman, que era cazador de vampiros. Tenía todas las condiciones para ello, buena memoria y paciencia, virtudes estas que la gente suele confundir con sabiduría. Si alguna ciudad necesitaba librarse de vampiros, el alcalde hacía llamar a Jacobo Altman.

Antes de que llegara, los vampiros más listos solían huir. Los soberbios intentaban desafiarlo, pero, a pesar de ser veloces y poderosos, ninguno estaba a la altura de Jacobo Altman.

Confinaba a los espectros en jaulas concebidas originalmente para águilas y otros grandes pájaros, y cuando estaban allí, en la plaza pública, colgando a varios metros del suelo, clamando por una bala de plata en el pecho, de uno de los bolsillos de su sempiterno abrigo gris sacaba una Biblia de carátula negra y los obligaba a escuchar salmos hasta la salida del sol. Impresionaba oír el grito de los vampiros cuando la claridad los iba tornando cenizas; cualquier otro se hubiera conmovido, pero no Jacobo Altman.

La continua exposición a la mirada de los aparecidos había terminado por volverlo tenue, impreciso; caminaba y no todos lograban oír sus pasos.

Su principal arma de ataque, además del infaltable crucifijo negro y el látigo de tres cuerdas, era la música.

MARCIAL GALA

Apenas llegaba a un pueblo cautivo, se sentaba en el centro de la plaza principal y empezaba a tañer la flauta. Cuando lo oían, vampiros y vampiras no podían dejar de acercarse.

Uno a uno iban siendo atrapados los vampiros de sexo masculino. Con las vampiras, Jacobo Altman no era tan directo: a ellas les reservaba un destino especial, que incluía zalamerías y crueldades no del todo necesarias.

Jacobo Altman era el único cazador de vampiros que quedaba en la Tierra.

Más raro aún que el mismo Jacobo Altman era este asunto de los vampiros, que, bien mirado, era muy difícil precisar en qué consistía, pues como eran invisibles para todos menos para él, solo el cazador podía desentrañar cuándo habían sido eliminados o dados de baja los chupasangre, como solía denominar a los vampiros la prensa de aquellos días de principios del siglo XXI, época muy dada a las guerras y a todo aquello que fuera televisado, fotografiado o filmado por una cámara de alta definición.

Los vampiros se dejaban conocer por sus síntomas. Cuando empañaban el buen vivir de una ciudad, todo se volvía más lento, las personas andaban lelas, como en estupor. Al fin y al cabo, los vampiros eran un virus.

Su reina se llamaba Java. Había conocido al rey Salomón y estaba harta de Jacobo Altman y de su tendencia a enjaular espectros y luego evaporarlos con luz solar.

Java se enfurecía pocas veces; más de cinco mil años de existencia le habían enseñado a tomar las cosas con calma, pero el cazador se estaba convirtiendo en un problema, y no solo porque matara vampiros, sino por la falta de glamur con que lo hacía: una flauta fabricada en Taiwán, un látigo de utilería y un crucifijo plástico no son utensilios adecuados para tratar a seres como los vampiros. Algunos, de tan viejos, habían conocido a Keops, el gran faraón.

Cualquiera no se convierte en vampiro.

Jacobo Altman usaba calzoncillos de la marca Calvin Klein, zapatillas Adidas y, de vez en cuando, sobre todo cuando estaba muy tenso, oía éxitos de rock sinfónico y algún que otro blues, utilizando para ello uno de esos equipos llamados MP3. En fin, Jacobo Altman era un moderno.

La reina no lograba comprender en qué consistía la capacidad de Jacobo Altman para hechizar a tantas y tantos vampiros.

Nadie lo sabía.

Las Brontë tampoco lo sabían; en realidad, después de doscientos años, se acordaban de muy poco, apenas de que habían sido hermanas cuando aún vivían y que habían nacido en el septentrión, en Inglaterra para ser exactos, y que una de ellas, antes de haber sido satanizada, había escrito una novela llamada *Cumbres borrascosas*.

Las hermanas, esbeltas, pelirrojas y de ojos azules de bruja, eran perfectas para cazar al cazador, para introducirlo en una trampa de la que solo lograría salir zombi o convertido en un vampiro. Por eso, la reina Java pensó en ellas dos y en Dostoievski, pero el ruso no era una opción; algo había en él que no acababa de convencer a la reina. Por muchas zalamerías que le dedicara Fiódor,

Java lo observaba con desconfianza. Este quiere ser zar, pensaba la reina.

Muy temprano en la noche del 26 de febrero de 2012, salieron ambas hermanas del cementerio antiguo de Londres.

Cabalgaban cerdos invisibles.

Las hermanas no eran vampiros.

Las hermanas eran demonios. La diferencia entre un vampiro y un demonio es casi tan grande como entre un humano y un vampiro.

Ser vampiro es básicamente una elección.

Uno no escoge ser demonio.

Ser demonio es sobre todo una fatalidad; tienes que estar siempre al servicio de alguien, ya sea un humano de aviesas intenciones como Benvenuto Cellini o una vampira como la reina Java.

Partieron sabiendo lo que tenían que hacer, directas como globos aerostáticos, listas para identificar a Jacobo Altman entre los siete mil millones de personas que poblaban el planeta.

La identidad de Jacobo Altman permanecía secreta hasta el momento en que ya era demasiado tarde para los vampiros.

Lo único que se sabía de él era su página web: www.huntersvampire.com.

Jacobo Altman asistía todos los días al delfinario de Cienfuegos a limpiarse ojos y alma, observando a esos seres felices, los delfines. Le gustaba alimentarlos, pero no con tilapia, claria o cualquier tipo de morralla marina. Jacobo Altman gastaba sus ahorros en atún para los delfines. El loco —por ese apelativo lo conocían los empleados del delfinario, que lo veían abrir las latas— derramaba el aceite y luego tiraba el pescado al mar.

Las hermanas Brontë empezaron por Siberia, se dirigieron a un pueblo llamado Tucsa y principiaron a comportarse como vampiras endrogadas. Armaron tal gresca que al otro día, en la página web de Altman, apareció una palabra en inglés: *help*, seguida de tres signos de admiración. Abajo, en duros caracteres cirílicos, había todo un párrafo donde el alcalde de Tucsa se explayaba detallándole a Jacobo Altman que la aldea estaba hechizada: los acordeones tocaban solos, las escobas de abedul intentaban levantar vuelo, los osos despreciaban la miel, los lobos cantaban interminables serenatas y las jóvenes en edad de merecer despreciaban el frío invierno siberiano, vistiendo ropas tan ligeras que ni siquiera para el trópico eran apropiadas, y, lo peor, la estatua del héroe local, un honesto veterano de la guerra patria condecorado dos veces, había guiñado un ojo. Todo eso eran claros signos de vampirismo, pero como hasta Jacobo Altman tenía sus prioridades, lo pensó dos veces antes de dirigirse a una agencia y sacar un pasaje que lo llevara a la Federación Rusa. Fingió no entender el eslavo, le escribió unas líneas tan evasivas al alcalde de Tucsa que, cuando cayeron en manos de las hermanas Brontë, les hicieron comprender que el cazador de vampiros pertenecía a otra latitud. Tal vez fuera francés; se ilusionaron imaginándolo como un habitante del barrio latino.

Antes de irse, tomaron al alcalde de Tucsa, un tal Boris Stuvchenko, y lo colgaron de cabeza debajo del

campanario de la iglesia ortodoxa. Esta vez eligieron un limpísimo pueblo belga, repleto de muchachos al parecer felices, que iban a todas partes en bicicletas. Desde que llegaron, el cementerio del pueblo, antiguo y bien cuidado, les fascinó. Tres años pasaron las hermanas Brontë acostadas en la hierba, disfrutando, en una *laptop* robada de una tienda de productos usados, de *Cumbres borrascosas* en su adaptación norteamericana y conectándose de vez en cuando a Internet para comprobar que el tal Altman seguía siendo una piedra en el zapato de los vampiros habidos y por haber. Después de ese tiempo fue que empezaron a preparar la trampa en la que Altman caería, pues descubrieron algo: Jacobo Altman escribía ficciones. Eso lo tornaba vulnerable, propenso a pensar que en el mundo había una especie de bondad intrínseca. Las hermanas Brontë, que aun después de muertas conservaban su mente despejada, ya avezadas en los secretos de la computación, crearon su propia página web, www.fantasma32twriter.com, y organizaron un evento de cuentos breves con todos los gastos pagos, incluyendo el precio del pasaje para dirigirse al pueblecito belga y hospedarse en el California, único hotel del lugar.

Participaron cien escritores. Ellas les bebieron la sangre a sesenta, les arrancaron el corazón a veinte y a los demás los enterraron vivos para que, convertidos en detectives zombis, clamaran por Jacobo Altman. Él, leyendo el *Granma* digital, se enteró de lo que les había pasado a sus colegas y, aunque el periódico se extendía tratando de darle una vuelta realista a lo sucedido, Altman sabía que el más allá estaba implicado, así que muy temprano

en la mañana partió primero para La Habana y luego para el aeropuerto.

Al otro día, desembarcaba en Bruselas. Allí lo confundieron con un miembro de Al Qaeda y lo arrestaron. Uno de los detectives zombis que había logrado penetrar en las filas de Interpol les informó a los demonios que alguien muy raro, de ojos centelleantes y melena blanca, estaba probando la comodidad de las ergástulas europeas, un hombre que portaba una flauta barata. Eso era lo que ellas esperaban. Eso era lo que esperaba Jacobo Altman.

Lo demás es historia. Basta decir que al año siguiente salió en Alfaguara la segunda parte de *Cumbres borrascosas*, la primera novela escrita a tres manos, y que la reina Java fue destronada por Dostoievski.

Puente

SILVINA GRUPPO

Teníamos un tío que no pertenecía al mundo de los grandes ni al de los chicos. Se había quedado en el medio: era un puente. Si se nos daba por el berrinche, se ponía serio, nos hacía salir de casa y nos llevaba a llorar a la otra punta del jardín, donde nadie más pudiera escucharnos. Primero le actuábamos una tragedia griega y después una telenovela venezolana, hasta que tomábamos coraje y lo desafiábamos con palabras que adentro estaban prohibidas. No se le movía un pelo.

Jamás nos preguntaba las razones del capricho, no tenía interés ni apuro por hacernos callar. Era justo lo que daba resultado; si no conmovíamos a nadie, el llanto perdía efecto, languidecía, se volvía hipo y al fin se evaporaba. Él se tiraba a los pies de una palmera y aprovechaba para fumar los cigarrillos que no se permitía frente a los mayores. Lo imitábamos: arrancábamos tréboles y les masticábamos los tallos para conocer ese gustito eléctrico.

Una tarde de cielo oscuro, las ramas se sacudían con el ruido desvencijado de las películas de terror. En tormentas como la que se viene caen ballenas del cielo, nos dijo, ya van a escuchar los rugidos de los bichos después de los relámpagos. Empezamos a hablar de catástrofes, estábamos entusiasmados. Él nos dejaba elucubrar, se reía y repetía lo

de las ballenas. Antes de entrar a casa, nos hizo un guiño. No entendimos qué quería decir, pero cargaba complicidad y nos hinchaba de orgullo. Nos sentíamos muy distintos a los chicos lacrimosos que habíamos sido un rato antes. Volvíamos ansiosos y valientes.

En plena noche, las celosías de nuestra habitación se soltaron y golpeaban contra las paredes; pudimos ver los relámpagos y los rugidos fueron espeluznantes. Mi hermano se despertó en mi cama y la más chica amaneció meada. Apenas terminamos el desayuno, nos calzamos las botas de goma y salimos. No podía ser. El parque estaba lleno de espinazos inmensos: las ballenas. Cavamos un pozo y, sin querer reconocerlas, hicimos un funeral para las hojas de la palmera.

Peces

SILVINA GRUPPO

Estaban acostumbrados a los temblores de la falla y a las fumarolas de un volcán vecino que cada tanto los dejaba cubiertos de ceniza. La tierra parecía querer sacudírselos del lomo, pero ellos se empecinaban en quedarse ahí. Sabían caer sin dramatismo y volvían a construir el pueblo a la velocidad de las hormigas.

Esta vez el terremoto se había tragado el río por completo y un lago había brotado por arte de magia cien kilómetros al sur. Algunos pescadores emigraron. Kiyoshi no. Levantó su casa en donde creía que había estado antes y aprendió de cultivos, pero nunca más habló. Sus hijas Misato y Noriko le obedecían a esa presencia muda y en secreto soñaban con peces. Creían que solo ellos podrían devolverle las palabras a su padre.

Tikoshiro llegó un día de fiesta en la que los niños se habían vestido de color naranja. Hablaba en un acento extraño, hacía trucos y no bien cayó la noche encendió fuegos artificiales. ¿Quién se iba a oponer a que acampara al costado del camino? Se corría la voz de que era milagroso. Noriko y Misato se despertaron tempranísimo, se pusieron la ropa del día anterior y volaron en bicicleta a la tienda del forastero. Queremos el río, dijo una; repleto de peces, completó la otra. Tikoshiro hizo que lo siguieran.

SILVINA GRUPPO

Pedaleaba rápido en una bicicleta de bambú y las nenas iban atrás con el corazón en la boca; se sumó uno y otro, y de pronto todos los chicos del pueblo con los trajes de fiesta estaban con ellos. Llegaron transpirados, les costaba respirar. Tikoshiro dejó su bicicleta en el centro de un descampado. Es ahora, dijo, y la tierra bramó más que nunca. Una de las ruedas giraba en falso como loca y desprendía un torrente de agua. El tramo que habían recorrido se inundó enseguida. Los nenes anaranjados empezaron a nadar y poco a poco se sintieron a gusto. Se desnudaron y dejaron que los músculos les ondularan en el agua. No necesitaban salir a buscar aire a la superficie, ya se les habían abierto branquias.

Pacto

SILVINA GRUPPO

A menudo viene Hugo a pintar, repintar o empapelar. Parece sacado de los dibujos animados: su gorrito blanco deja escapar mechones de pelo naranja. Le tiemblan las manos y eso se nota más si está fumando. No sostiene los cigarrillos en la V de victoria, sino que, para que no se le caigan con los sacudones del pulso, hace una pinza apretada entre el pulgar y el índice. Las colillas quedan chatas incluso antes de que las pise.

Jugamos mientras él trabaja. Tiene un lápiz tan plano como sus puchos, lo usamos para dibujar sobre el diario que protege el piso. En nuestras manos, el metro plegable se vuelve muñeca articulada, y le robamos el nivel a ver quién mantiene la burbuja inmóvil por más tiempo. Nos deja arrancar el empapelado viejo. Somos perros rabiosos con los jirones en las manos. Si las risas se nos suben de tono, una voz va a llegar de otra parte de la casa para pedir que no molestemos al hombre. Qué va, si no molestan, nos defiende, pero se rasca la cabeza para pensar cómo resolver nuestro desmadre.

La inquietud de sus manos nos preocupa cuando aparece la pintura. Nos ponemos solemnes. Damos vuelta un par de baldes y nos sentamos ahí para verlo hacer. Mete el pincel o el rodillo y el camino hasta la pared hace un reguero. Estamos serias y contenemos la respiración

SILVINA GRUPPO

para acompañar el trayecto. Nos codeamos, acabamos de descubrir que el diario está corrido, que los gotones caen sobre una porción desnuda del zócalo. Le avisaríamos, pero es tarde.

Pasan los días, el trabajo se acaba. Hugo se baña y es otro. Sus mechones volátiles ahora están húmedos, peinados para tapar la calvicie que el gorro nos escondía. Huele a colonia. Es viejo. La voz que nos reprendía de lejos se hace presente en la habitación: inspecciona. Las paredes están lisas, suaves, relucientes. Pero un dedo índice señala el zócalo chorreado, pide explicaciones. Hugo se pone colorado. No las rete, señora, dice. Nosotras bajamos la cabeza, es un costo razonable.

La dentista

SILVINA GRUPPO

Tenía las cejas blancas, pero el pelo tan corto y tan teñido de negro que parecía que llevaba puesta una gorra de natación. Todo el mundo le decía tía. No sé si de verdad era la tía de alguien o le pasaba como al cura: mucho padre de acá, padre de allá, y al final no era el padre de nadie.

Los domingos había comilona en lo de la abuela y, justo antes de agarrar la ruta que nos devolvía a la ciudad, le ofrecíamos una visita zaguanera a la tía. El día que descubrió que yo empezaba a cambiar los dientes, nos hizo pasar y, sin permiso, me metió los dedos en la boca para tantearme la dentadura. Olía a lavandina.

A mi mamá le transpiraba la mano. Se la solté de inmediato y me sequé la mía en el pantalón; no quería que me contagiara sus nervios y me arruinara la fantasía de estar en esa casa lujosa como decorado de telenovela. Había escaleras de mármol, un privilegio inconmensurable frente a nuestra apretadísima escala de departamento. Subimos tras sus pasos lentos. Papá parloteaba sobre su infancia, mamá resoplaba y yo hacía un inventario visual de todos los objetos.

La tía abrió la puerta de un consultorio antiguo, casi un museo. Se puso un guardapolvo y rebuscó entre los metales. No lo apruebo, dijo mamá, pero papá se agachó

para convencerme. Hacele el favor a la tía, me dijo, qué te cuesta, a ver, va a sentirse útil, no seas egoísta, así el ratón Pérez... Cortala, Julián. Y yo volví a darle la mano a mi madre, total las mías también estaban transpiradas.

Me sentaron de prepo en el sillón, la tía hizo unos golpes de pedal que me elevaron y me prendió una luz en la cara. Sentí presión en un diente, dije que no, me sacudí, lloré, y en el forcejeo la tía se turbó. Escuché el "tac" de la pinza desde adentro de mi encía. Se equivocó la pieza floja con la de al lado, que todavía no tenía quien la empujara, que por mucho tiempo no iba a ser relevada. No le avisé a nadie, no junté la plata que apareció bajo la almohada y dejé de sonreír.

La frontera

SILVINA GRUPPO

Volvimos del colegio y ella estaba demasiado cariñosa, rara, no sé si triste o qué. ¿Qué te pasa que andás con la cola entre las patas?, le preguntó mamá. Nada, dijo, pero se puso colorada. Algo traía. Entonces me puse amable yo, a ver si se lo sacaba de una vez. Cuando estuvimos solas, me dijo que me iba a dar una cosa. Le abrí la mano. ¿Qué esperás? Primero me hizo jurar que no me iba a enojar y juré. Era una carta cerrada. De Mariano. ¿Cómo de Mariano? ¿Qué se metía? Yo escribía la M por todos lados y me acordaba de él cada vez que me tocaba pedir un deseo. Pero ¿ella qué sabía? Era el primo de Caro, y mi hermana, para hacerse amiga, seguro, le había contado que a mí me gustaba, y la prima fue, nomás, y le dijo. Ahora me traía una carta de él y me bailaba alrededor diciendo tiene novio, tiene novio. Una letra espantosa, la verdad, no se entendía nada. La leí en silencio, sentí fuego en la cara, en la garganta, y ganas de vomitar. ¿Estás segura de que es de él? Mi hermana asintió y no me preguntó nada.

Saqué el elástico de saltar de su mochila del colegio y lo corté delante de ella para que viera bien. Até una punta de la manijita del ropero y la otra de la baranda de la cucheta alta, la mía. Partí la pieza en dos. De la línea para acá, ni se te ocurra poner un dedito que te lo corto, le

dije. Ella me daba charla: yo hacía de cuenta que no existía. Dejó que un crayón rodara hacia mi mitad y enseguida lo estrujé con el pie, como hacen los adultos para apagar los cigarrillos en la calle. Estuvo un rato suplicando, pero después se sentó a hacer la tarea como si nada. No era justo. La ventana estaba de mi lado; le cerré la persiana y quedamos a oscuras. Pero me ganó rápido: la tecla de luz ahora era suya. Yo me trepé a mi cama, como pude, porque la escalera estaba del otro lado. Me la quedé mirando desde arriba. Acurrucada, para que las piernas no entraran en su territorio, me fijaba que ella no se pasara al mío.

En eso apareció mamá en el horizonte. Voy a hacer compras, dijo, ¿vienen? Mi hermana me miró triunfal: la puerta había quedado de su lado, la división me dejaba encerrada. Mejor así. Cuando se fueron, volví a sacar la carta y la rompí con los dientes mientras se me saltaban las lágrimas. “No sos linda”, decía, “no le digas a nadie más que gustás de mí”.

Biografías

PÍA BOUZAS nació en Buenos Aires en 1968, y a los siete años se mudó con su familia a Quito, Ecuador, donde vivieron hasta 1980.
De chica, le gustaba mucho leer los sábados y domingos a la mañana, cuando todos en su casa dormían. Esa, dice, fue una costumbre que sobrevivió a la mudanza de país. Se despertaba muy temprano, agarraba las obleas de chocolate que su mamá escondía en los armarios de la cocina y se volvía a la cama con los libros que estaba leyendo. De esas primeras lecturas, le quedó la ilusión de los viajes como promesas de grandes e intensas experiencias.
Más adelante, estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y hoy es escritora y docente universitaria. Publicó los libros de cuentos *El mundo era un lugar maravilloso* (2004), *Extranjeras* (2011), *El Polaco* (2013), *Las acrobacias del pez* (2015), *Un largo río* (2015) y, el más reciente, *Una fuga en casa* (2018).

CAROLINA BRUCK nació en La Plata y ahora vive en el barrio de Almagro, en Buenos Aires, aunque también pasó temporadas en La Habana, Madrid y Barcelona. En todos esos lugares estudió literatura, escribió relatos y ensayos, pero, sobre todo, armó bibliotecas. En la primera de ellas, amontonó novelas y cuentos de Julio Verne, Louisa May Alcott, Julio Cortázar y Silvina Ocampo. También coleccionaba historietas y unos cuentos ilustrados por pintores como Miró y Matisse.
Publicó tres libros de relatos: *Fast food* (2008), *Las otras* (2013) y *No tenemos apuro* (2016). Por *Las otras* recibió el Primer Premio de Narrativa de la Biblioteca Nacional y fue finalista del Premio García Márquez en Colombia. Sus cuentos integran antologías en Argentina, Colombia, España y Estados Unidos, y fueron seleccionados para la Audioteca de autores argentinos. Da clases de lectura y escritura en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de las Artes.

MARCIAL GALA nació en la ciudad de La Habana, Cuba, en el mismo palacio en que murió de risa el gran poeta cubano Julián del Casal un siglo antes, a tres cuadras de la mejor biblioteca para niños de la ciudad y muy cerca del malecón que día a día para las olas del Caribe, que chocan contra sus muros, las mismas olas que vieron a piratas y corsarios, así que, según sus propias palabras, casi estuvo condenado a la literatura.
Ha escrito novelas, poemas y volúmenes de cuentos —entre ellos, *El juego que no cesa* (1993), *Dios y los locos* (1995), *Sentada en su verde limón* (2004) y *Es muy temprano* (2010)—, y un libro para jóvenes titulado *Enemigo de los ángeles* (1991). Actualmente vive en la bella ciudad de Buenos Aires.

SILVINA GRUPPO nació en Buenos Aires en 1979, justo dos minutos después que su hermana. Como llegaron al mundo casi juntas, su infancia fue en plural. Ellas eran "las nenas": se definían así y el mundo las llamaba así. Pero a los nueve años, se le dio por escribir poemas, y de pronto Silvina escribía. Fue la primera actividad en su vida que le permitió ser mencionada en singular, y por eso adivinó que ahí había algo de su identidad. "No se puede escribir sin leer", le dijo una profesora de taller, y entonces, para en ella no creyera que leer era algo aburrido, le empezó a recomendar cuentos y novelas en las que pasaban cosas picantes, que en ese momento no se leían en la escuela.
Así, cuando fue más grande, estudió la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires y, poco a poco, le fue dedicando su vida a la literatura. Fue coeditora de libros que mezclan artes visuales y literatura, como *8cho y och8. Antología de imágenes y textos* (2014), y también coordinó la parte literaria de *3 historias en 1 clic* (2108). Acaba de publicar su novela *Oeste* (2109), y hoy trabaja como profesora en una carrera para escritores, la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

NELSON MALLACH nació en un pueblo pequeño cerca de la ciudad de La Plata y se crio con la libertad que dan las calles de tierra. Cuenta que todavía oye la voz de su abuela materna al leerle su primer cuento. Escribir y leer, dice, fueron, desde entonces, pasiones muy poderosas. La colección Billiken de tapas duras y amarillas y unos libritos de la editorial Bruguera, que intercalaban narración y fragmentos con formato de historieta, constituyeron su primera biblioteca. *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, fue el título que marcó ese comienzo de amor incondicional hacia los libros. Con el tiempo, escribió mucho y se volcó a la dramaturgia y la dirección de teatro, quizás para abrazar a los personajes que lo conmovieron de niño.
Algunas de sus obras teatrales son: *El espacio indecible* (junto con Roxana Aramburú, 2013), *El arte de la fuga* (2014), *Ecce Homo* (2014) y *Niebla* (2018). Publicó la novela *Inhumación* (2016), y sus cuentos forman parte de diversas antologías.

MANA MUSCARSEL ISLA es una artista interdisciplinaria: escritora, performer, música y activista *queer*. Es, además, psicóloga especialista en géneros y sexualidades. Nació en la Patagonia argentina en 1987 y migró a Buenos Aires en 2006.
Siempre fue muy inquieta, y sus maestras la retaban por dar vueltas por el aula o charlar y "distraer" a sus compañeres. Le gusta bailar y, desde 2013, lleva adelante el proyecto experimental de investigación y performance Swing Queer.
Editó en su casa su primer libro, "Historias de amor, misterio y otras yerbas", que reunía cuentos suyos y de sus compañeres de séptimo grado. Al año siguiente, armó otro libro con cuentos propios y se lo dedicó a su mamá. En la biografía de la solapa, escribió: "Me gustaría ser psicóloga y en mis tiempos libres escribir".
Publicó una novela, *Casino Casa Grande* (2018); un libro infantil con música original, *Un regalo de cuento* (2017), y también ensayos en revistas, fanzines y libros colectivos.

ÁNGELA PRADELLI nació en la ciudad de Buenos Aires en 1959. Cuando aprendió a leer, en primer grado, descubrió que esa actividad era, para ella, tan linda como jugar. No solo le gustaba leer cuentos y poemas, sino también otros textos no literarios, y lo hacía con la misma pasión: recetas médicas, volantes de publicidad, etiquetas de los envases, boletos, prospectos de medicamentos, incluso alguna factura de gas o de luz. Es que en cada texto encontraba siempre alguna frase que la llevaba rápidamente a una historia y a un personaje. Recuerda, por ejemplo, que cada vez que leía un volante de publicidad del pedicuro del barrio se imaginaba diferentes historias: "Los pies duelen en la cara", decía la frase que ocupaba el centro del folleto, y ella pensaba en distintos personajes y en sus caras de dolor.
Es profesora de Literatura y dio clases en varias escuelas secundarias. Escribe poesía, novelas, cuentos, crónicas, ensayos, y fue premiada por algunos de sus libros. Le gusta mucho leer en voz alta para otros y disfruta especialmente de que le cuenten relatos verdaderos.
Algunos de sus libros son: *La búsqueda del lenguaje. Experiencias de transmisión* (2010), *El sentido de la lectura* (2013), *En mi nombre. Historias de identidades restituidas* (2014), *El sol detrás del limonero* (2016, 2018), *La respiración violenta del mundo* (2018) y *La poética de la seda* (2019).

Este libro se terminó de diseñar
y se publicó en febrero de 2020.

Historias para leer despacio

Vamos Buenos Aires

VOCES DE AYER Y DE HOY